EL TEATRO.
COLECCION DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

LLEVAR LA CORRIENTE,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO FLORES GARCIA.

MADRID.
HIJOS DE A. GULLON, EDITORES.
OFICINAS: POZAS—2—2.°
1878.

LLEVAR LA CORRIENTE.

ACTO ÚNICO.

Sala rica.—Una puerta á la derecha, en primer término, y en segundo un balcon.—Dos puertas á la izquierda y la de entrada en el fondo.

ESCENA PRIMERA.

PILAR, MANUELA. Poco despues DOÑA TOMASA y DON SILVESTRE.

MAN. Pero, ¿cuándo llega el novio?
PILAR. Hoy.
MAN. Estará usted alegre.
PILAR. Tú, ¿no sabes lo que ocurre?
¡Mi padre ya no le quiere!
Ha recibido una carta
que no sé lo que contiene;
mas en cuanto la ha leido
se ha negado.
MAN. Es sorprendente.
Su juicio no está firme.
PILAR. ¡Manuela!...
MAN. Á mí me parece
que el ataque cerebral
dejó su razon endeble.
Si todo estaba arreglado,
¿cómo es que ahora se arrepiente?
PILAR. No lo sé; pero aquí salen:
que te retires conviene.
(Váse Manuela, foro izquierda, y salen por la primera puerta de dicho lado D. Silvestre y Doña Tomasa.)

SILV. No me quiebres la cabeza.
TOMASA. ¡Qué extravagancia! ¿Comprendes
que es racional el motivo?
Repara...
SILV. Sigo en mis trece.
TOMASA. ¡Vamos, despreciar un novio,
que á más de novio es pariente,
porque es reflexivo, grave,
formal, y porque no tiene
vicio ninguno!...
SILV. ¡Por eso!
No marcha con la corriente
y hará una triste figura
en todas partes.
TOMASA. ¡Silvestre!...
SILV. Hé aquí el cuerpo del delito.
(Sacando un papel.)
Mi hermano es un inocente
si pensó que enumerando
las prendas del mozalvete
lo iba á aceptar al momento.
Escucha la carta, es breve:
(Leyendo.) «Mañana parte mi hijo,
»tu decision me enternece
»y ambos ganaremos mucho
»con este enlace: ya puedes
»decir que adquieres un yerno
»que casi no te mereces.
»No tiene vicio ninguno,
»no fuma, juega, ni bebe,
»y en punto á formalidad
»más que un chiquillo parece
»un viejo: es muy reservado,
»muy discreto y muy prudente:
»no habla más que lo preciso,
»siempre cumple lo que ofrece,
»no se ha divertido nunca,
»su respeto á las mujeres
»es proverbial, y el deber
»es solo la ley que atiende.»
¿Qué tal? (Recitado.)
TOMASA. Magnífico! bravo!

PILAR. ¡Ya lo creo!
TOMASA. ¿Cómo tienes
valor para rechazarle?
SILV. Tomasa, tú no lo entiendes.
Con un hombre como Ernesto,
¿qué porvenir te prometes
si ya sólo hacen fortuna
los de carácter alegre,
los que tienen osadía,
y á más de osadía tienen
aquesa verbosidad
que aturde si no convence,
los que prometiendo mucho
cumplen lo que les conviene?
TOMASA. Hombre, ¿qué moral es esa?
SILV. ¿Moralidad? ¡Que si quieres!
Cuande leo en un periódico:
«El señor don Ene Ene,
que ha servido ya más causas
que la audiencia de Albacete,
toma una nueva postura
y se pasa á los de enfrente
con municiones de boca,»
me digo al momento:—Ese,
ese es un hombre cortado
para los tiempos presentes.—
El que es serio y es formal
y á su conciencia se atiene,
nadie lo aprecia ¡y es justo!
porque ninguno lo entiende.
Lo más grave de ese jóven
y lo que más me estremece,
es que no se ha divertido
nunca, y un refran advierte
que el que soltero no corre
aventuras, se *entretiene*
despues de casado, y eso
es un mal; ¿no lo comprendes?
¡Cuando él se tome la tierra!...
¡Aquí que hay tantos *belenes*!...
—No he de exponer á mi hija
al peligro tontamente.

TOMASA. Conque es decir que si Ernesto,
tu amado sobrino, fuese
un bribon, un calavera,
le aceptarías!...

SILV. Atiende
y no seas exagerada.
No es un tuno lo que quiere
mi cariño paternal,
sino un hombre listo!

TOMASA. (¡Aleve!)

SILV. No un calavera de esos
que hasta crímenes cometen,
no.—Quiero un hombre de mundo,
franco, decidor, alegre;
que aunque no tenga talento
al ménos que lo aparente;
que haga alguna travesura
de esas que sólo merecen
elogios y admiracion;
hombre de espíritu fuerte,
calavera de buen tono;
que en el siglo diez y nueve,
en medio de tantas luces,
no es claro lo que sucede.

TOMASA. Te prevengo que Pilar
quiere á su primo.

SILV. ¿Le quiere?
¿Cómo, si nunca se han visto?

PILAR. Sí tal. Hace ya seis meses
que me envió su retrato. (Sacándolo.)
¡Es muy buen mozo!

SILV. (Mirando el retrato.) Parece
un Caton con chichonera.
¡Qué cara de simple!

TOMASA. Advierte...

SILV. No advierto nada, está dicho.

TOMASA. Que hoy debe llegar y debes...

SILV. ¡Yo sé lo que debo hacer!
(Pilar se lleva el pañuelo á los ojos.)

TOMASA. ¡Si al fin te llamas Silvestre!
¿Ves? ¡Ya la has hecho llorar!

SILV. ¡No llores, niña!

TOMASA. ¡Si vuelves
con esas majaderías!...
PILAR. Yo le quiero!
SILV. ¡Niña!
TOMASA. ¡Eres
insufrible!
SILV. ¡Terminemos!
Yo sé lo que nos conviene.
TOMASA. Pero...
SILV. Mi resolucion
es irrevocable! (Váse primera puerta izquierda.)
TOMASA. ¡Puede!
¡Ya verás tú lo que es bueno!
(Vase detrás de D. Silvestre.)
PILAR. ¡Qué desdichada es mi suerte!

ESCENA II.

PILAR, y poco despues MANUELA.

¡Pero qué extraña manía!
Rechazar un pretendiente
porque es bueno y es prudente!
¡Vamos, nadie lo creería!
—Si es mi caro prometido
como lo finge el deseo
y tal como aquí le veo, (Por el retrato.)
por cierto es mozo cumplido.
(Á Manuela, que sale foro izquierda.)
¿Has visto su terquedad?
MAN. Sí, mas no se apure usté.
PILAR. ¿Que no me apure?
MAN. Yo haré
por torcer su voluntad.
PILAR. ¿Tú, Manuela? ¿De qué modo?
MAN. Muy fácil. Me lo he propuesto...
y gustará don Ernesto.
PILAR. ¡Qué llano lo encuentras todo!
MAN. Señorita, no es jactancia;
más si usted me deja hacer,
yo me prometo vencer
de papá la repugnancia.
PILAR. ¡No hagas algun disparate

por el cual luégo te riña.

MAN. No hay cuidado.

SILV. (Dentro.) Pilar! ¡niña!...

PILAR. Más dime al ménos...

MAN. No trate
usted de saber mi plan.

PILAR. Pues ten cuidado, Manuela!

MAN. El que ménos corre, vuela;
los resultados dirán.
(Váse Pilar primera puerta izquierda.)

ESCENA III.

MANUELA. Poco depues ERNESTO y QUINTIN; éste último con unas maletas.

MAN. ¡No me dieran más trabajo
que reducir á ese viejo
y hacer que sus propios ojos
hallasen lo blanco negro!
Yo quiero á mi señorita
como á una hermana, y prometo
que, quiera el padre ó no quiera,
se casará con Ernesto.
Mas pronto debe llegar
si viene en el tren-correo. (Ruido fuera.)
¿No lo dije? Ya está aquí...
(Aparecen Ernesto y Quintin.)

QUINTIN. Señor, ¿dónde pongo esto?
¡Uy! ¡qué moza, Vírgen santa!

ERN. (Gravedad cómica.)
Quintin, cállate!

QUINTIN. Obedezco;
pero que quede sentado
que es una mujer... *al pelo*!

ERN. Usted pudiera decirme
si don Silvestre Cordero
vive en esta casa?

MAN. ¡Vaya!
sí señor.

QUINTIN. ¡Cara de cielo!

ERN. Quintin, te despido al punto
si no tienes más respeto

á la casa de mi tio.

MAN. (Y le regaña por eso!)

ERN. Sírvase usted avisar
mi llegada; soy Ernesto,
su sobrino...

MAN. Ya lo sé;
pero tome usted asiento,
que habrá espacio para todo.

QUINTIN. Señor, ¿dónde pongo esto?

MAN. En ese cuarto.
(Por el primero de la derecha.)

QUINTIN. Al instante.
¡Ay, qué ojos! ¡Son dos luceros!
(Entra por la puerta indicada.)

ESCENA IV.

ERNESTO y MANUELA.

ERN. ¿No avisa usted mi llegada?

MAN. Ántes que el señor Cordero
salga aquí fuera, es preciso
que nos pongamos de acuerdo.

ERN. (¿Qué pretende esta mujer?)

MAN. Soy la doncella. El apego
que tengo á mi señorita
me inspira para este enredo.

ERN. ¿Para éste?...—No alcanzo nada
de lo que está usted diciendo;
mas si es cosa de enredar,
va usted á perder el tiempo
si cuenta conmigo.

MAN. ¡Calma!

ERN. Explique usted...

MAN. Eso quiero.
¿Ama usted mucho á su prima?

ERN. ¿Qué le importa á usted?

MAN. Le advierto
que si la ama usted de veras
y quiere que el casamiento
se verifique, es forzoso
que acepte usted sin rodeos
lo que voy á proponerle.

ERN. Cada vez lo entiendo ménos.
MAN. Su tio de usted, llevado
de un capricho... pasajero,
quiere casar á su hija
con un hombre... de otro género.
—Como le escriben que usted
es tan grave, tan severo,
tan... ¡vamos! tan paradito,
él quiere un jóven de opuesto
carácter, de travesura,
de chispa, de *sic*, de genio,
y se ha cerrado á la banda.
Quiere que usted vuelva al pueblo
por donde vino, y es fuerza
engañarle.
ERN. Pero eso
no puede ser. ¡Imposible!
MAN. Como lo está usted oyendo.
ERN. Si es verdad tanta locura,
por donde vine me vuelvo.
MAN. Al contrario, señorito.
¿Marcharse? ¡Vaya un remedio!
ERN. ¿Y qué hacer en este caso?
MAN. Fingir que es usted un trueno,
un calavera: inventar
historias de galanteos,
y contárselas al tio,
hasta que al fin...
ERN. Yo no miento.
MAN. Hace falta: la intencion
santificará los medios.
ERN. Nunca por causa ninguna
se excusa vicio tan feo.
MAN. (Señalando á la primera puerta izquierda.)
Mire usted su prometida.
¡Por ella!
ERN. (Visible entusiasmo.) ¡Qué hermosa, cielos!
Mas qué criatura, parece
una invencion del deseo.
Oh! su retrato ha mentido;
que es incopiable por bello
ese rostro que envidiaran

los ángeles. El ensueño
del poeta más inspirado,
del escultor de más genio,
no ha vislumbrado siquiera
los contornos de ese cuerpo!

MAN. ¡Vamos! se la cae la baba!

ERN. ¡Qué hermosa está!...

MAN. ¿Don Ernesto?

ERN. ¡Qué!... (Bruscamente.)

MAN. ¿Renuncia usted gustoso?

ERN. ¿Yo renunciar? ¡Nunca!

MAN. Luego
convendrá usted en que soy
avisada en el consejo.
Mentir no cuesta trabajo;
y por su propio provecho,
algunos que se acostumbran
pasan la vida mintiendo.

ESCENA V.

DICHOS y QUINTIN.

QUINTIN. Ya está todo colocado.
¡Uy, qué ojillos!...

ERN. Pero hombre!...
Te aseguro por mi nombre
que ya me tienes cansado.
La primera cualidad
que un hombre debe tener,
si algo quiere merecer
del mundo, es formalidad.

MAN. ¡Déjele usted! ¿Qué mal hace?
Ese carácter ligero
á don Silvestre Cordero
es el que más satisface.
—Y á propósito: Quintin
entra tambien en la trama.
(Movimiento de alegría en Quintin.)

ERN. Pero mentir!...

MAN. Quien bien ama
debe luchar hasta el fin.
Ante todo hay que arreglar

que Quintin no se presente
como criado Ahí en frente
le voy al punto á hospedar.

QUINTIN. (Á Manuela.) Segun todas las señales,
hay horas entretenidas.

MAN. Chocolate, dos comidas
y una cama, por seis reales.

QUINTIN. Ni el embajador de Oriente
va á estar con más aparato.

ERN. (Mirando por la primera puerta izquierda.)
(¿Quién puede hacer el retrato
de un ensueño de la mente?)

MAN. Pronto, porque va á salir.
Te llevas una maleta
y te diré...

ERN. (¿Qué me inquieta?)

MAN. Cómo y cuándo has de venir.
(Quintin entra y saca una maleta.)
Espérame en el portal
un momento, bajo ahora.

QUINTIN. ¡Bendita sea la hora
que te he visto!

MAN. (Por Quintin.) (¡No es costal!)

ESCENA VI.

ERNESTO, MANUELA y poco despues D. SILVESTRE.

ERN. Y usted?...

MAN. (Sigue haciendo el *bú*.)
Tráteme usted con franqueza.

ERN. ¿Con franqueza?

MAN. Con llaneza,
con...—Hábleme usted de tú.

ERN. (Y es muy lista esta chiquilla!)
¿Conque usted quiere que yo
te hable de tú?

MAN. ¿Por qué no,
si es la cosa más sencilla?

ERN. Bien.

MAN. Y me da usté un abrazo
cuando se aproxime aquí
el tio.

ERN. ¿Un abrazo?
MAN. Sí.
ERN. (¡Pues señor, es un bromazo!)
Conque te debo abrazar (Lo hace.)
cuando aquí venga mi tio?
MAN. Ántes quieto, señor mio.
¿No puede usted esperar?
—Hay que mentir á destajo
con mucha desenvoltura
y hacer cada travesura
que lo levante de cuajo.
¡Ya se acerca!—Espero...
ERN. ¿Qué?
MAN. ¡El abrazo!
ERN. Bien; me ajusto
á tu programa con gusto. (La abraza.)
SILV. (Desde la puerta segunda izquierda.)
(¿Qué veo?)
MAN. (Bajo.) (Dígame usté
alguna cosa).
ERN. (¡Qué lío!)
Chica, por tu amor me muero!
MAN. (¡Nos ha visto!)
SILV. (Adelantándose.) Caballero...
ERN. ¡Ay qué sospresa, mi tio!
SILV. (Si en todo es su cortedad
así...)
ERN. Debo disculparme...
SILV. Sobrino, ven á abrazarme
con toda cordialidad.
(No debo en esta ocasion
proceder con lijereza.)
Márchate tú, buena pieza! (Á Manuela.)
ERN. (¡Qué rara es la situacion!)
MAN. (Bajo y rápido á Ernesto.)
(Parece que le ha gustado
la primera travesura.
¡En ello va su ventura!)
(Váse foro derecha.)
SILV. ¡Sobrino!
ERN. Le habrá extrañado
lo de... (Por el abrazo.)

SILV. (Tono picaresco.) No.
ERN. (Para esta gente
es una calaverada
abrazar á una criada.)
Conque...
SILV. No seas inocente.
ERN. Yo creía...
SILV. Toma asiento.
¡Hombre, no estés encogido!
(Éste se cayó de un nido.)
Escucha mi pensamiento.
Como regla general
—fíjate bien en la idea—
no admito que el hombre sea
en absoluto formal.
Pretendo—y no es ilusoria
ni absurda mi pretension—
que basta con un Caton
para adorno de la historia.
ERN. ¡Sus propósitos son buenos!
SILV. Si con la corriente vas,
peca por carta de más
y no por carta de ménos;
que aunque la torpe falacia
no quepa en moral alguna,
la diosa de la fortuna
siempre se rinde á la audacia.
Y el loco, y el calavera,
y el de conciencia flexible...
logran hasta lo imposible
y hacen del diamante cera.
Por este corto relato
habrás podido entender...
ERN. Sí, tio. (Es esa mujer
mucho mejor que el retrato!)
SILV. Que te cuadre ó no te cuadre,
tu padre dice...
ERN. (Rápido.) No es cierto.
(Principio en mi desacierto
por desmentir á mi padre!)
SILV. Dice que eres tan sencillo,
tan bonachon, que da grima...

ERN. (¡Ay, lo que me cuestas, prima!)
¡Cá! No señor! Soy muy pillo!

SILV. (El tono con que lo dices
lo prueba del mejor modo.)

ERN. Papá no ve—y esto es todo—
más allá de sus narices.
La trapisonda, el enredo,
son cosas que me han gustado
mucho. ¡Si ya estoy gastado!

SILV. ¿Sí?

ERN. Contenerme no puedo.
En Sevilla es bien notorio
y nadie se maravilla
por ello.—¡Soy en Sevilla
el nuevo don Juan Tenorio!
Desde dama principal
á doncella de labor,
ha recorrido mi amor
toda la escala social.

SILV. (Acercando su silla á la de Ernesto.)
Conque segun eso, cuentas?...
—¡Ya me inspiras interés!—
¿Cuántas... seducciones?...

ERN. ¡Tres!

SILV. (Con disgusto.)
¿Tres nada más?

ERN. (Rápido.) No, trescientas.

SILV. (Éste ó se burla ó es tonto.
Le observaré todo el dia.)
Voy á llamar á tu tia
y decidiré muy pronto.

ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA TOMASA y PILAR.

SILV. Ellas se anticipan; vamos,
llegó la presentacion.
Nuestro sobrino; tu primo.

ERN. Señoras... Señoras... Los...
(¡Reniego de mi carácter!)

SILV. (Se turba.)

PILAR. (¡Qué linda voz

y qué arrogante figura!)

SILV. (Bah! Cuando decía yo!...)
¿Te has quedado hecho una estátua?

ERN. (Me vende mi turbacion.)
Señorita...

SILV. (¡Ya se corta!)

ERN. Doy muchas gracias á Dios...
que... me ha otorgado la dicha...

SILV. (¡De ser un guarda-canton!)
Bien, basta de cumplimientos.

TOMASA. Silvestre, tú eres atroz.

SILV. Él tiene que descansar.

TOMASA. Cortar la conversacion...

SILV. De fijo habría girado
sobre el frio ú el calor.
Nada tenemos que hablar
hecha la presentacion:
vosotras, por allá dentro
estareis mucho mejor;
yo voy á salir un rato,
tengo en la Puerta del Sol
que ver á un amigo. Tú (Á Ernesto.)
á tu cuarto.

TOMASA. ¡Qué feroz
despotismo!

SILV. ¡Yo lo mando!

PILAR. Pero papá, ¡por favor!

SILV. (Á Ernesto.) Entra en tu cuarto y descansa...
(¡Calavera de carton!)

ERN. (Me parece que mi tio
está algo tocado.) Adios!...
(Váse primera puerta derecha.)

TOMASA. Pero, ¡Silvestre! ¡Silvestre!...

SILV. Lo dicho, dicho: no doy
la mano de mi Pilar
á la imágen del candor.

PILAR. Es que yo le quiero.

SILV. ¿Sí?
—¡Entrad por aquí las dos!

PILAR. ¡Ay, qué padre tan tirano!

TOMASA. ¡Ay, que marido, señor!...
(Vánse las dos por la izquierda.)

SILV. No es hombre, es una novicia
con bigotes y baston.
¡Y ella lo quiere! Veremos
quién puede más de los dos!
(Váse por el fondo. Al desaparecer D. Silvestre. Ernesto asóma la cabeza por la primera puerta derecha, y Pilar por la primera izquierda.)

ESCENA VIII.

ERNESTO y PILAR.

ERN. ¿Se fué?
PILAR. ¿Se fué?
ERN. (Su hermosura
esclaviza mi albedrío.)
Prima...
PILAR. Primo...
ERN. Dí, bien mio,
¿me amas mucho?
PILAR. Con locura.
Esto podrá parecerte
quizás, extraña manía,
más yo, Ernesto, te quería
aun ántes de conocerte.
ERN. Tambien en mi pensamiento
llevo tu rostro grabado,
mucho ántes de haber llegado
este dichoso momento.
PILAR. Pero mi padre...
ERN. Mi tio...
PILAR. ¡Qué funesta obcecacion!
ERN. ¡Jura por tu corazon!...
PILAR. Lo juro.
ERN. En tu fé confío.
PILAR. Pero, ¿qué hacer, si persiste
en matar nuestra ventura?
ERN. ¿Qué hacer? ¡Alguna locura!
PILAR. Pues hazla, que en tí consiste.
ERN. Si por una aberracion
de su sentido moral
ha cifrado el ideal
del hombre en la perversion,

yo juro que sus enojos
van á desaparecer
al momento, y voy á ser
un malvado ante sus ojos.

ESCENA IX.

DICHOS, MANUELA, por el fondo.

MAN. Pues eso es lo que conviene.
ERN. ¡Chica!
PILAR. ¡Manuela!
MAN. ¡Qué rato
vamos á pasar ahora!
Ya está todo preparado
y la victoria es segura.
Va usted á salir. (Á Ernesto.)
ERN. No alcanzo...
MAN. Entra en mi plan, que al volver
no le encuentre á usted el amo
en casa.
PILAR. Pero, ¿qué intentas?
MAN. Ya verán el resultado.
¡Márchese usted á la calle!
ERN. Pero, ¿ahora mismo?
MAN. Volando.
ERN. Voy á tomar el sombrero.
(Entra primera puerta derecha.)
PILAR. Pero... dime...
MAN. Será un paso
muy divertido.
PILAR. ¿No puedo
saber?...
MAN. No es para contarlo.
PILAR. ¿Será el éxito seguro?
MAN. Los éxitos fabricados
son ciertos... el primer dia,
que es lo que vamos buscando.
(A Ernesto, que sale.)
En el café de la plaza
puede usted pasar el rato
y ver cuando el amo vuelva;
lo demas corre á mi cargo.

ERN. Adios! (Váse.)
PILAR. ¡Qué intranquilidad!
MAN. Usted márchese á su cuarto
y tenga en mí confianza.
PILAR. (Marchándose.)
(¡Vaya, que mi primo es guapo!)

ESCENA X.

MANUELA, luégo QUINTIN, disfrazado, y despues DON SILVESTRE.

MAN. Fuera la primera vez
que me meto en un enredo
y no saliese conforme
lo imagina mi deseo.
QUINTIN. (Saliendo.) Bendita sea la madre
que te crió, resalero!...
¡Vaya una jembra *barbiana!*
MAN. Déjate ahora de requiebros.
¿Harás como yo te he dicho
tu papel?
QUINTIN. Sí, lo haré al pelo!
MAN. Pues mira, ya has comenzado
por salir ántes de tiempo.
QUINTIN. ¡Huy! qué garbo... y qué trapío!...
Salgo ántes porque quiero
decirte dos cosas.
MAN. Vaya,
puedes empezar.
QUINTIN. Empiezo.
La primera es que me gustas
mucho más... que los buñuelos
con aguardiente, y la otra...
MAN. (Tapándole la boca.)
Calla, Quintin, no deseo
que me digas la segunda.
(Pausa corta.)
Si... se casa don Ernesto
con la señorita...
QUINTIN. ¿Qué?
MAN. Tambien nosotros podremos...
QUINTIN. (Esta va derecha al bulto.)

Mira, eso del casamiento...
no conviene; hay mil comedias
en que sucede lo mesmo.

MAN. Pues entónces, ¡incivil!
¿qué pretendes?

QUINTIN. Yo pretendo... (Transicion.)
Lo que es delante del público
no te digo lo que quiero.

MAN. ¡Ni á solas!—Te guardarías
bien de faltarme al respeto!

SILV. (Saliendo por el fondo.)
(¡Hola! ¿Quién será este facha?

MAN. El amo. ¡Chist!)

SILV. Caballero?...

MAN. Aquí está ya mi señor.

QUINTIN. ¡Qué señor ni qué embeleco!
Á quien yo vengo buscando
ébrio de sangre y de!...

SILV. (¡Cuerno!)

QUINTIN. No es al señor.

SILV. Pues, ¿á quién
busca usted?

QUINTIN. Á don Ernesto.

SILV. ¿Á mi sobrino?

QUINTIN. Cabal.

SILV. (Allá que se entiendan ellos.)
(Baje á Manuela.)
(Dí á mi sobrino que salga.

MAN. No está en casa.

SILV. ¿Cómo es eso?
Y ¿qué le digo á ese hombre?)

QUINTIN. ¡Ya basta de cuchicheos!
¿Dónde se oculta el malvado?

SILV. ¿Para qué quiere usted verlo?

QUINTIN. ¡Para beberme su sangre!

SILV. ¡Qué atrocidad! Y ¿no puedo
saber el motivo?

QUINTIN. (Con solemnidad.) Todo
lo sabrá usted, caballero.
Que nos deje esta muchacha.
¡Es un horrible secreto!

SILV. Vete, Manuela!

MAN. Al instante.
(Quintin es hombre de genio.)
(Hace como que se va y se oculta detrás de una cortina.)
QUINTIN. Desde el pueblo de Moron
—porque Moron es mi pueblo—
vine siguiendo su pista
como perro perdiguero.
(Transicion brusca.)
¡Ella era pura! ¡Inocente!
¡Sencilla!... y él!...
SILV. (Gravedad cómica.) Lo comprendo.
QUINTIN. La dió repetidas veces
palabra de casamiento...
y la engañó!
SILV. (Con alegría.) (¡Qué sorpresa!)
QUINTIN. Está perdida... y yo vengo
por el honor de mi Paca!
SILV. Es un viaje de provecho.
QUINTIN. ¿Se burla usted?
SILV. No señor,
no me burlo, pero creo
que usted viene equivocado,
porque mi sobrino Ernesto
es un infeliz: no tiene
trastienda para hacer eso...
ni otras cosas más sencillas.
QUINTIN. ¡Buena es esa! ¡Está usted fresco!
Pues sepa usted, señor mio,
ya que se encuentra aún á tiempo
de remediar grandes males,
que es un calavera, un trueno;
que no vive si no tiene
cada dia un trapicheo,
y por hábil é informal,
en Sevilla y en el pueblo
todos á una voz le llaman
el segundo Maquiavelo.
SILV. ¿Será posible? ¡Qué dicha!
QUINTIN. Hombre, ¿qué está usted diciendo?
SILV. Perdone usted.
QUINTIN. ¡Qué descaro!

¡No sé cómo me contengo!
¿Dónde está ese calavera?
SILV. Ha salido. (¡Qué contento!
¡Casi parece mentira!...)
QUINTIN. Volveré, que yo no cedo
en las cuestiones de rabia
la palma ni al mismo Otelo!
(Váse por el fondo.)

ESCENA XI.

D. SILVESTRE, MANUELA, y poco despues ERNESTO.

SILV. Mi sobrino es hombre listo.
MAN. ¡Ya lo creo!
SILV. ¡Quién dijera
que existiese tal carácter
detrás de aquella apariencia
de santo?
MAN. Yo bien lo dige.
Cuando llegó, la primera
cosa que hizo, fué abrazarme.
SILV. Y dime, dime, Manuela:
¿cómo ha salido tan pronto?
MAN. Señorito, no quisiera...
—Luego dicen que una dice!...
SILV. ¡Vaya! cuéntame, tontuela...
MAN. En cuanto usted se marchó
él comenzó á hacerle señas
á la señora de enfrente;
despues escribió una esquela:
me dijo que la llevara,
y luégo...—¡Es un calavera!
Luégo se marchó á la calle.
SILV. Y ¿has traido la respuesta
de esa carta?
MAN. No señor.
SILV. ¿Qué ha dicho?...
MAN. Esa es la más negra!
El marido se ha enterado
y se ha puesto hecho una fiera
y quiere indagar, y temo...
SILV. ¡Es mi sangre, no lo niega!

MAN. Ya le tiene usted aquí.
(Aparece Ernesto por el fondo.)
SILV. Ven, ven acá, buena pieza!
ERN. (No me explico esta mudanza.)
SILV. Ven, dame un abrazo: ¡aprieta!
—Aquí ha estado el de Moron,
el padre de la...
MAN. (Aquí es ella.)
ERN. No comprendo...
SILV. (¡Qué bien finge!)
¡Lo sé todo!...
ERN. ¿Sí? ¿De veras?
SILV. ¡Y me alegro!—Pero chico,
has de sentar la cabeza
desde el dia en que te cases;
y aunque seas calavera,
porque el genio y la figura
nunca se pierden, es fuerza
que tus pasos endereces
por otras distintas sendas. (Transicion.)
¡Y qué enfurecido viene!
ERN. ¿Quién?
SILV. El de Moron.
ERN. (¡Aprieta!)
SILV. ¡Te he dicho que lo sé todo!
ERN. Bien, basta que usted lo sepa.
MAN. (Ap. á Ernesto muy rápido.)
(Asómese usté al balcon
y haga como que hace señas.)
SILV. Los negocios, la política
y otras mil y mil empresas
te brindan con sus ganancias
si tienes suelta la lengua
y manejas bien la intriga
y procedes con trastienda.
Pero ¿no me escuchas? (¡Hola!)
—¿Quieres hacer lo que César?
—¿Qué tal, tiene buena cara?
ERN. Así... así...
SILV. ¡Calavera!
MAN. (Asustada.) ¡Ay! Ya lo ha visto, Dios mio!...
SILV. ¿Qué te sucede, Manuela?

MAN. Que el marido se ha asomado,
ha sorprendido las señas
de don Ernesto...

SILV. ¡Demonio!

MAN. ¡Ay! ya sube la escalera!
¡Viene hecho un toro, ¿qué haremos?
¡Ya está aquí, santa Teresa!
¡Sus ojos arrojan chispas!

SILV. (¡Me gusta la peripecia!)

ESCENA XII.

DICHOS, QUINTIN, disfrazado.

QUINTIN. ¿Dónde se oculta el traidor?

ERN. (¡Quintin!)

MAN. ¡Dios mio, qué es esto?

SILV. (¡No te acobardes, Ernesto!)

QUINTIN. Usted atenta á mi honor
y yo le quiero matar,
que así mi deshonra acaba; (Tono trágico.)
porque el honor que se lava
con sangre se ha de lavar!

ERN. (Todo lo comprendo.) Y bien,
¿qué quiere usted, señor mio?

QUINTIN. ¡Yo? Matarle en desafío!

SILL. ¡Un duelo! (Con alegría.)

ERN. Aceptado.

SILV. ¿Quién
es usted?

QUINTIN. ¿Yo? El esposo!
Soy el esposo ultrajado!

SILV. (¡Cuántos se han acreditado
con un duelo!)

QUINTIN. Es espantoso!

MAN. (Todo va á la perfeccion.)
(Ap. á D. Silvestre.)
(Pero ¿no tendrá remedio?...)

SILV. (Bajo á Manuela.)
(En Madrid este es un medio
para hacer reputacion.)

QNINTIN. *¡Yo que en la mujer creí*
y en el amor esperé!...

ERN. *Yo en todas partes dejé*
memoria amarga de mí.
Sépalo usted, caballero.
SILV. ¡Que pregunten en Moron!
ERN. Y voy recto al corazon
con la punta de mi acero!
QUINTIN. Eso pronto se ha de ver.
ERN. ¿Duda usted de mi entereza,
de mi arrojo y mi fiereza?
QUINTIN. ¡Yo dudo de mi mujer!
SILV. (¡Un duelo!)
MAN. ¡Cuántos trastornos!
QUINTIN. ¡Quiero morir ó matar!
SILV. (Llevándose aparte á Ernesto.)
(Esto se suele arreglar
con una comida en Fornos.)
QUINTIN. Ya que usted no pone obstáculo
al plan que yo he concebido...
SILV. (¡Qué risible es un marido
cuando se da en espectáculo!)
QUINTIN. Lo voy todo á disponer
para el momento oportuno!
ERN. Bien, hombre!
QUINTIN. De los dos ¡uno!
por fuerza ha de perecer!
(Váse por el fondo.)

ESCENA XIII.

ERNESTO, D. SILVESTRE y MANUELA.

SILV. Chico, lo bordas! Estoy
de veras entusiasmado.
¡Pero qué disimulado!
ERN. No sabe usted quién yo soy!
SILV. Ya leo en tu pensamiento.
MAN. Por fin vamos á lograr....
SILV. Voy á decirle á Pilar
que en vuestra boda consiento.
ERN. Sí, vaya usted. (Yo te juro
que con tu propio dolor
vas á salir de tu error.)
SILV. Ya tengo un yerno seguro. (Váse.)

ERN. Terminemos este lío.
MAN. Señor, valga lo que valga...
ERN. Dile á mi tia que salga,
y luégo avisa á mi tio.
MAN. Pero ¿qué va usted á hacer!
ERN. Un papel de mi invencion.
Voy á darle una leccion
y le voy á convencer.
MAN. Pero...
ERN. Calla y obedece.
No todo está conseguido.
MAN. (Aunque parece encogido,
no es tanto como parece.) (Váse.)

ESCENA XIV.

ERNESTO, luégo DOÑA TOMASA y despues D. SILVESTRE.

ERN. Si no conoce su error
y sigue en su extravagancia,
hay que temer por su juicio.
¡Pero qué ideas tan raras!
Mi tia.
TOMASA. (Saliendo.) Ernesto, Manuela
me ha dicho que tú me llamas.
ERN. Con efecto, yo quería... (Le habla al oido.)
(D. Silvestre sale por la segunda puerta izquierda, pero se vuelve atrás y se oculta detrás de la cortina al notar que hablan bajo.)
SILV. (¡Con él se encuentra Tomasa!
¡Y hablan bajo! ¿Qué dirán?
Él es muy tuno; no vaya!...
No es creible que se atreva!
¡Tanto secreto me escama!)
ERN. (Bajo á Tomasa.)
(Ya nos observa mi tio;
demos principio á la farsa.)
(Alto y en tono romántico.)
Y eso ¿qué tiene que ver?
Usted no me toca nada,
y yo... ¿por qué he de negarlo?
la quiero con toda el alma,
y por obtener su amor

hasta el infierno bajara!
SILV. (¡Atiza!)
ERN. Es usted tan bella,
tan sensible, tan...
SILV. (Siempre oculto.) (¡Canalla!)
TOMASA. Ernesto!... Ernesto!...
ERN. Señora!...
TOMASA. ¡Ay! Modera tus palabras.
¡Si te oyese mi marido!...
ERN. Mi tio es un papanatas,
un lila, un necio, un chiflado,
un imbécil, un Juan Lanas!
SILV. (¡Ah, bribon! Si te deslizas
te voy á romper un ala!)
ERN. ¿Qué es la vida sin amor?
¿Qué es amor sin esperanza?
La vida una carga horrible;
el amor una palabra
que del humano lenguaje
fuera preciso borrarla.
SILV. (Ay! ¡qué cosas tan bonitas
dice ese pillo á Tomasa!...)
TOMASA. Pero el deber...
ERN. ¿El deber?
El deber es sombra vana:
que ante la luz del amor
todas las luces se apagan,
y en los mares de la dicha
la nave de la esperanza
llega entre sombras y nubes
á la poética playa
de la ilusion!...
SILV. (¡Este tuno
está ya como una fragua!)
ERN. Mírame á tus piés rendido:
aquí, postrado á tus plantas!...
SILV. (¿Y la tutea el infame!)
ERN. (Besándole la mano.)
Deja que tu mano blanca...
SILV. (Adelantándose algo.)
(¡Esto si que no lo paso!)
ERN. Por compasion!...

SILV. (Gritando.) ¿Eh? ¡Ya basta!!....
TOMASA. ¡Ay, mi marido!!... (Se cubre el rostro.)
ERN. ¡Mi tio!...
SILV. ¡Bien! ¡Muy bien, doña Tomasa!...
¡Infames!...
ERN. Yo...
SILV. ¿Para tí
no hay ni una mujer sagrada?
Tú llevas mi misma sangre
y no puedo derramarla;
pero ¡vete! vete, pronto,
que si mi cólera estalla!...
¡Vete!
ERN. Perdóneme usted!...
TOMASA. ¡Perdónalo!
SILV. ¡Tal infamia!...
—¡Pues no es nada lo del ojo!—
¿Tú lo disculpas, Tomasa?
Si sus faltas atenúas
dejas conocer tus faltas!
Pilar! Pilar! Hija mia?...
TOMASA. ¿Qué intentas, Silvestre?
SILV. ¡Calla!..

ESCENA ÚLTIMA.

ERNESTO, SILVESTRE, TOMASA, PILAR, primera puerta izquierda, MANUELA y QUINTIN. Éstos dos últimos personajes salen por el fondo y permanecen en segundo término hasta que lo marque el diálogo.

SILV. Ya no hay nada de lo dicho;
se *aguó* la boda!
PILAR. ¿Por qué?
QUINTIN. ¿Qué pasa? (Á Manuela.)
MAN. (Á Quintin.) Yo no lo sé.
PILAR. Papá!...
TOMASA. (Á Silvestre.) Cese tu capricho!...
SILV. (Á Ernesto.) Yo soy de tu padre hermano
y has querido deshonrarme!
ERN. Sírvase usted escucharme.
Usted que encuentra muy llano

y hasta lo encuentra divino,
yo no se por qué razon,
que causé la perdicion
de la mujer del vecino,
¿por qué privilegio extraño
ahora se quiere oponer
á mi amor con su mujer
y por qué se llama á engaño,
se enfurece y desafina,
si en mi manera de obrar
no hago más que practicar,
señor, su propia doctrina?
Todo el que por gusto encienda
hoguera de destruccion,
llegará á la conclusion
de quemar su misma hacienda.
Aquellos que en el mal gimen
y propagan la maldad,
siembran la venalidad
para recoger el crímen;
y por decreto divino
de la sábia Providencia,
recogen en su conciencia
el fango de su camino!

SILV. Veo que tienes razon
y ya está mi error deshecho;
pero Ernesto... lo que has hecho
no tiene reparacion.
¡Portarse de esa manera!...
Mejor te habría aceptado
como jóven recatado
que no como calavera.
¡Enamorar á tu tía!
—Aquí no puedes quedar.

ERN. Al fin viene usté á parar
al punto que yo quería.

SILV. No te entiendo por mi fé.

PILAR. (Ap á doña Tomasa.)
(Ay! Si esto no se remedia!...)

ERN. Todo ha sido una comedia
para convencerle á usté.
¿Quintin? (Se adelantan Quintin y Manuela.)

QUINTIN. ¿Señor?

ERN. Mi criado
es el marido celoso...

SILV. ¿Conque he estado haciendo el oso?

MAN. Y es tambien el que ha llegado
de Moron.

SILV. ¡Buena ficcion!
Pero ¿cómo se adaptaba?...

QUINTIN. Señor, yo representaba
en mi pueblo, de aficion,
y el teatro es mi alegría.
Improviso de repente...

SILV. Todo está perfectamente;
pero el amor á tu tia...

ERN. ¡Dale! Fué para atraerle
al camino verdadero.

SILV. Bien, bien, por yerno te quiero.

TOMASA. Al fin logramos vencerle.

ERN. ¡Mi amor! (Á Pilar.)

PILAR. (Á Ernesto.) ¡Mi bien!...

QUINTIN. (Á Manuela.) Te lo juro!

MAN. Vete con dos mil demonios!

SILV. ¡Son muchos dos matrimonios!

ERN. Nos queda el mayor apuro.
(Al público.)
Costumbre es ser indulgente
y hasta dar una palmada.
¡Aplaude! No cuesta nada
el SEGUIR CON LA CORRIENTE.

FIN DEL JUGUETE.

.UMENTO Á LA ADICION DE 13 DE ABRIL DE 1878.

TÍTULOS.	Actos.	AUTORES.	Prop. que corresponde

COMEDIAS Y DRAMAS.

a más preciada riqueza..............	1	D. Franc. Flores García.	Todo.
levar la corriente..................	1	F. Flores García......	»
na palabra empeñada.............. .	1	M. Baquero.........	»
Al santo, al santo!...................	2	M. Echegaray......	»
urarse de mal de suegra.............	2	M. Vallejo..........	»
l Doctor Diógenes.....................	3	Sres. José Zorrilla y Luis Pacheco..........	»
l yerno del señor Manzano...........	3	E. Carbou y Ferrer y J. M. y Santiago.	»

ZARZUELAS.

os duelos con pan son menos.......	1	Sres. Povedano, Granés, Prieto.........	L. y M.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

En las librerías de los *Sres. Viuda é Hijos de Cuesta*, calle de Carretas, núm. 9; de *D. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de *D. M. Murillo*, calle de Alcalá, números 18 y 20.

PROVINCIAS Y ULTRAMAR.

En casa de los corresponsales de esta Galería.

PORTUGAL.

Agencia de *D. Miguel Mora*, Rua do Arsenal, núm. 94.—Lisboa

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á los EDITORES, acompañando su importe en sellos de franqueo ó libranzas, sin cuyo requisito no serán servidos.